

EL FUTURO

Europa y el país desconocido

*¿Quién podría tolerar tanta opresión,
sudando, gimiendo bajo el peso de una vida
molesta si no fuese que el temor de que
existe alguna cosa más allá de la muerte
(aquel país desconocido de cuyos límites
ningún caminante torna)?*

William Shakespeare. Hamlet. Acto III. Escena I

AS calles, las plazas, las tertulias están llenas de palabras. Demasiadas veces vacías de significado. En el último año a algunas como «democracia» o, de manera más reciente, «postverdad» han sonado con especial fuerza. Su carácter, en algunos casos polisémico, en otros, oportunista, o siempre fruto de la última moda televisiva, parece claro. Otra palabra: Europa, resuena, si cabe, con la misma fuerza. Hablamos hasta la saciedad de su historia –reducida a lugares comunes–; de su identidad –sin asumir la responsabilidad de la reflexión–; y de si se encuentra o no en crisis.

Sobre todo, nos preguntamos por el futuro de Europa con la angustia de quien invoca a un oráculo silente. Conscientes de que en la respuesta se encierra la clave de nuestro porvenir más íntimo y multitud de amenazas. Al mismo tiempo que esgrimimos su nombre para proclamar el más noble universalismo, somos conscientes de los terro-

res que anidan en su pasado, y que hoy parecen querer volverse a hacer presentes.

La de hoy es sin duda una Europa en shock. Desde los atentados yihadistas que nos asolan, a la crisis de refugiados –que ha hecho aflorar mucho de lo mejor, pero también de

lo peor de Europa–, observar la realidad europea nos refiere a ruptura o, al menos, a cambio profundo y perturbador. El Brexit ha abierto la puerta a una crisis de identidad, por otro lado, siempre latente, tamizada por el propio carácter líquido de dicha identidad, en perpetuo debate entre lo geográfico –el continente europeo– y lo político –la Unión Europea–.

A caballo de todo ello, las convulsiones políticas, que han tenido en las elecciones de Francia, Holanda o Alemania alguno de sus hitos más reseñables. Soterrado, como un lóbrego caudal subterráneo, subyace el auge del populismo y del nacionalismo identitario. El que ha obtenido unos resultados inéditos en las



elecciones francesas, el que ha reverdecido su peso en Alemania, y que en Cataluña ha hecho tambalearse a uno de los más venerables estados del continente. No es un caso aislado. Córcega se acerca, para muchos analistas, como el siguiente en la lista de los nacionalismos que, parafraseando a Machado, helarán el corazón Europa.

EL PESO DE LA HISTORIA

Todo ello justo setenta años después de uno de los discursos más importantes de la historia europea. El pronunciado por Winston Churchill el 5 de marzo de 1946 en Fulton (Missouri, EE.UU.). El político británico acuñó en aquella cita la expresión «telón de acero», tras el que gran parte de los estados de Europa Central y Oriental habían quedado a merced de la tiranía estalinista. Para muchos, con la denuncia de Churchill, comenzaba la Guerra Fría.

En efecto, tras dos guerras mundiales, con un interludio entre ambas jalonado por guerras civiles, pequeñas y grandes traiciones, y la destrucción sistemática de los ideales democráticos y universalistas que surgieron de la Gran Guerra, Europa quedaba dividida; fraccionada en dos partes irreconciliables y antagónicas. Era el hito más visible del gran fracaso moral de la historia europea. El que le hizo descender de las cotas más altas que quizá había conocido su historia –labradas eso sí, tanto con medios como con objetivos poco loables– al abismo de la guerra, el genocidio, la exclusión y la ruina material.

La historia del siglo XX es en efecto, en gran parte, la del suicidio de Europa que, en la cúspide de su poder y prosperidad, se entregó a sus más innobles pasiones para ofrecer al mundo en 1946 la imagen de una realidad colapsada en sus valores, postrada en lo económico y hundida

Dos hitos: el discurso de Winston Churchill y su «telón de acero» y el nacimiento de las comunidades europeas.

materialmente. Es duro recordarlo, pero Europa era así entonces.

UN CAMINO RECORRIDO

Desde entonces Europa ha recorrido un largo camino. El nacimiento de las Comunidades Europeas dio paso a uno de los proyectos más hermosos de su historia. La sustitución de la lógica de enfrentamiento y desconfianza por la de la cooperación y la integración. Todo ello dio forma a la Unión Europea tal y como la conocemos hoy.

Sin duda imperfecta; si bien es innegable que sus logros han sido señeros. Ha construido un espacio de prosperidad compartida en torno a los valores de la libertad, la democracia y la compasión, plasmada en el Estado de Bienestar como clave de bóveda de sus fundamentos económicos.

Todo ello sirvió sin duda para desatar un optimismo excesivo. Los europeos parecíamos, en efecto, haber construido una maquinaria de prosperidad y mejora sin límite, que en su crecimiento perpetuo llegaría a acoger en su seno a la toda la Europa continental, desde Cádiz hasta los Urales, y más allá; desde Ankara hasta Svalbard, aunando así el proyecto político y el capricho de la geografía. No solo eso, como espacio de prosperidad y libertad compartidos, Europa debía haber generado un potente efecto llamada que llevase al proyecto más allá de su dimensión original, para su-



mar a estados del espacio mediterráneo y asiático a una casa común de valores compartidos. Un hermoso sueño. Una noble utopía.

LAS GRANDES DERROTAS

Después de las grandes victorias, han venido las grandes derrotas. La Unión Europea afrontó desde mediada la primera década del siglo XXI, en primer lugar, una frustración en su proceso de consolidación. El fracaso de la llamada constitución europea, que apuntaba disfunciones en la manera en la que la construcción europea estaba avanzando, tanto por un creciente escepticismo de los ciudadanos con respecto a los procesos de toma de decisiones en Bruselas como en torno a la propia práctica de la política a escala nacional.

El rechazo al Tratado evidenció un cisma creciente entre representantes y representados, que la crisis económica que se desató casi sin solución de continuidad no hizo sino acrecentar. Con ella, reverdecieron



los egoísmos nacionales, y desde los cimientos hasta su cresta orgullosa, el proyecto europeo se tambaleó, y con él, el sentimiento de seguridad de millones de ciudadanos. Si bien es cierto que ha sido gracias a la ac-

Winston Churchill acuñó en su discurso en Fulton la expresión «telón de acero», tras el que quedaron gran parte de los estados de Europa Central y Oriental.

ción coordinada de los estados de la Unión con las instrucciones comunitarias por lo que se ha evitado lo peor del desastre económico, la crisis ha dejado profundas heridas.

Estas se han encarnado en el auge de populismos y nacionalismos, que, siguiendo los caminos más lóbregos tomados por antecesores del mismo cuño en el pasado, han prosperado agitando el miedo, el odio y la inseguridad. En todas partes. Es en torno a esos fantasmas por lo que, en gran medida, triunfó el Brexit, amputando del proyecto común europeo un crisol cultural fundamental para entender la historia del continente. Nos guste o no, sin el Reino Unido, Europa es menos creíble.

LA HORA DEL REALISMO

Tras las ensoñaciones de los años 90, cuando una nueva ola democratizadora acercó a los países del este a los valores comunitarios, y el sueño de una auténtica casa común europea parecía más cercano que nunca antes, llegó un duro despertar.

Rusia, la gran disidente de la historia europea –con un corazón partido entre la sofisticación cosmopolita de San Petersburgo, con su enjundiosa intelectualidad y su jocunda tradición musical, y la severidad cruel de las estepas asiáticas, donde muchos de sus gobernantes han

buscado su fermento ideológico– no siguió el camino trazado en una historia con final feliz. Con el ascenso de Vladimir Putin las posibilidades de consolidación de una democracia creíble se han frustrado, para dar paso a un régimen sustentado en el exclusivismo nacionalista, que se relaciona con sus vecinos del oeste a través de una mezcla de despotismo energético y razia digital. Todo ello sin olvidar los casos sangrantes de abierta agresión militar. Tal es el caso de Ucrania.

La relación con Rusia ha sido siempre motivo de quebraderos de cabeza. Y no han faltado momentos en los que directamente se ha negado su carácter europeo. Los propios fascismos durante la II Guerra Mundial presentaron su guerra brutal contra la Unión Soviética como la suprema batalla entre la civilización europea y la barbarie asiática. Pero parece suicida negar esa condición a la patria de Pasternak, Tchaikovsky o Valentín Serov. Elocuentemente, uno

de los cuadros más enigmáticos de este último es precisamente «el rapto de Europa».

Acomodar los valores irrenunciables que presiden el proyecto europeo, con la dimensión –también europea– de Rusia, promete ser uno de los mayores desafíos de nuestro futuro. Desgraciadamente, tras setenta años, el Discurso de Churchill en Fulton, y su referencia al Telón de Acero, cobra hoy una ingrata actualidad, que ha llevado a algunos analistas a hablar de una nueva Guerra Fría.

Pero no solo es Rusia. A las puertas de Europa se agolpan millones de seres humanos que claman por un futuro mejor y huyen del horror y de la muerte. Son hijos en gran medida de traumas gestados por el propio imperialismo europeo de épocas pasadas. No en vano, fueron dos diplomáticos europeos, Mark



Sykes y François Georges-Picot, quienes en 1916 acordaron la división de Oriente Medio en dos zonas de influencia, francesa y británica. Estas darían lugar al nacimiento de Siria e Irak.

Las implicaciones políticas, históricas, morales y humanitarias de esas y otras decisiones de salón, tomadas al margen de los hombres y mujeres afectados por ellas, y aún de sus líderes, es innegable. Unos pocos años antes, en la década de los 80 del siglo XIX, una conferencia internacional celebrada en Berlín a petición de Leopoldo de Bélgica, había establecido las bases para el reparto ordenado de África entre las grandes potencias. Establecer aquí frívolas relaciones causa-efecto sería un error. Pero aún mayor lo es desdeñar la suerte de los refugiados que en su desesperación inundan de cadáveres el Mediterráneo no solo

como algo que no nos concierne, sino como un drama del que no somos en parte responsables.

EL FUTURO

Atenazada por desafíos como el terrorismo integrista, por el dilema perpetuo de su problemática identidad, por una capacidad en todo caso tambaleante de ser un actor de peso en la escena internacional, Europa tiene motivos para mirar al futuro con preocupación.

Los más agoreros, entre los que no me encuentro, dirían que la cita elegida para el comienzo de estas palabras es espacialmente ominosa. El país desconocido de Shakespeare es, en efecto, la muerte. Pero hay motivos para la esperanza. En la historia de Europa encrucijadas como las de hoy han abocado en efecto a ese destino fatídico. Pero ahora somos más sabios. Conocemos la historia, y las trampas en las que hemos caído en el pasado.

Las tragedias a las que conducen las añagazas, del populismo o del nacionalismo. La certeza de que el exclusivismo, cerrarse a los demás o condenar la diversidad es siempre un mal camino. El deber irrenuncia-

Frente a las voces que incitan al odio y el miedo, están otras, más altas y más poderosas, como Francisco, que reclama una Europa reconciliada, ética y abierta al encuentro.

ble que tenemos es asumir la complejidad y las exigencias que implican la madurez, como individuos y sociedades. Con tanta grandeza como profundidad.

Y es que, a los millones que celebraron el estallido de la I Guerra Mundial, e incluso a muchos de los que jalearon el auge de los totalitarismos, difícilmente les podemos hacer responsables. Pero hoy, en efecto, somos más sabios, y capaces de evitar los mismos fallos. Y frente a las voces que incitan al odio y el miedo, están otras, más altas y más poderosas. Es el caso del papa Francisco, que ha reclamado una Europa reconciliada, ética y abierta al encuentro.

Si lo mejor de Europa se ha construido en la forma de una sólida arquitectura moral, ha llegado la hora de perseverar. De que cada uno, en su esfera de influencia, asuma su responsabilidad. Tenemos las referencias y las herramientas. Es posible evitar que el país desconocido sea el retorno a un pasado tan cercano como doloroso. Hacer de él un futuro esperanzador. Los últimos sesenta años de historia europea son motivo suficiente para la esperanza.

El futuro, no debemos olvidarlo, está enteramente en nuestras manos.

EMILIO SÁENZ-FRANCÉS SAN BALDOMERO
Universidad Pontificia Comillas ICAI-CADE

